



Don Francisco Maciá, en la intimidad del hogar presidencial, acompañado de su esposa, de sus hijos y de su nieta

Don Francisco Maciá Llusá habita en la residencia oficial del presidente de la Generalidad, sita en la calle del Obispo, en la antigua Casa de los Canónigos. La residencia presidencial comunica directamente con el palacio de la Generalidad por el puente, de un gótico delirante, que la Dictadura hizo construir sobre la calle del Obispo.

Don Francisco Maciá duerme muy poco. Cinco o seis horas diarias, a lo sumo. A las cinco de la mañana, generalmente, ya está desvelado. No obstante, no abandona la cama hasta las ocho. Estas dos o tres horas de lúcido reposo las dedica—dice sonriendo—a la meditación.

Después de un frugal desayuno, a las nueve, se instala en su despacho particular. Hojea la Prensa de la mañana y lee, de preferencia, *L'Opinió* y *La Publicitat*. Más tarde, su secretario habrá de traerle los recortes de Prensa de Barcelona, Madrid y el Extranjero, cuyo conocimiento se considere necesario para el presidente.

En su despacho particular, don Francisco Maciá recibe todas las mañanas al alto personal de la casa. Es la hora de la firma, tarea lenta y laboriosa, pues el presidente no pone su rúbrica al pie de ningún documento sin que antes se haya enterado detalladamente de lo que se trata. Esta labor administrativa dura hasta las doce. A esta hora el presidente se traslada de su residencia al Palacio de la Generalidad. Cruza el puente de la calle del Obispo y pasa a instalarse al despa-

EL DIA DEL PRESIDENTE

cho oficial. A pesar de la tupida red que puedan tender los secretarios, no es difícil entrevistarse con don Francisco Maciá. Todos los mediodías recibe un gran número de visitas (comisiones, diputados, diferentes personalidades), y los viernes están especialmente dedicados a lo que podríamos llamar «el hombre de la calle». El presidente se hace un deber y una satisfacción de recibir a cuantos ciudadanos lo deseen, aunque no aporten otro título que el de haber hecho un rato, generalmente largo, de antesala. Esta recepción popular es rica en anécdotas pintorescas y rasgos sentimentales. Hay el inquilino a quien han echado del piso, que supone que el presidente de la Generalidad va a resolverle

el asunto; hay la madre cuya chica ha reñido con el novio, que espera una tierna reconciliación impuesta desde las altas esferas. Hay, en fin, todo

lo que puede dar de vivo e inesperado la calle meridional. El espectáculo no es de los que se olvidan fácilmente. Un día, el crítico de *Action Française*, Lucien Dubech, encontrándose, de paso por Barcelona, en la Generalidad, presenció una de estas recepciones. A la sazón la noble figura de don Francisco Maciá aparecía entre un grupo de obreros que le contaban sus penalidades.

—Ça—dijo monsieur Dubech—, ça ç'est du chiqué.

El buen hombre creía que aquella recepción no era más que un truco de propaganda que la Generalidad ofrecía a la sorpresa de los periodistas extranjeros. Costó mucho trabajo convencerle de que no se trataba de *mise en scene* alguna, sino que era verdad que el presidente de Cataluña era accesible, a lo menos una vez por semana, por el más humilde ciudadano del país.

Lucien Dubech, *royaliste*, monárquico acérrimo, quedó positivamente admirado de esta simple costumbre de limpia democracia. Y así hubo de hacerlo constar sinceramente, más tarde, cuando publicó en París sus impresiones del viaje por España.

A las dos de la tarde el presidente da por terminada la hora de las visitas y se retira a su residencia. Es la hora del al-



El paseo diario, después del almuerzo, por las afueras de Barcelona



En uno de sus viajes por Cataluña regaló al señor Maciá un par de palomas. Hizo construir ese palomar en su casa para ellas. Ahora los ingratos animalitos no quieren salir de su escondite y ofrecen a la curiosidad del fotógrafo

muerzo. Don Francisco no sigue régimen alimenticio alguno. A pesar de su edad avanzada, los médicos le dejan en libertad para comer y beber cuanto guste. Don Francisco ha sido toda su vida un fumador infatigable. Según nos ha confesado, fumaba todos los días de cuarenta a cincuenta cigarrillos. Ahora, hace un par de semanas, después de un ligero resfriado, los médicos le han prohibido temporalmente el uso del tabaco. El señor Maciá cumple la consigna al pie de la letra.

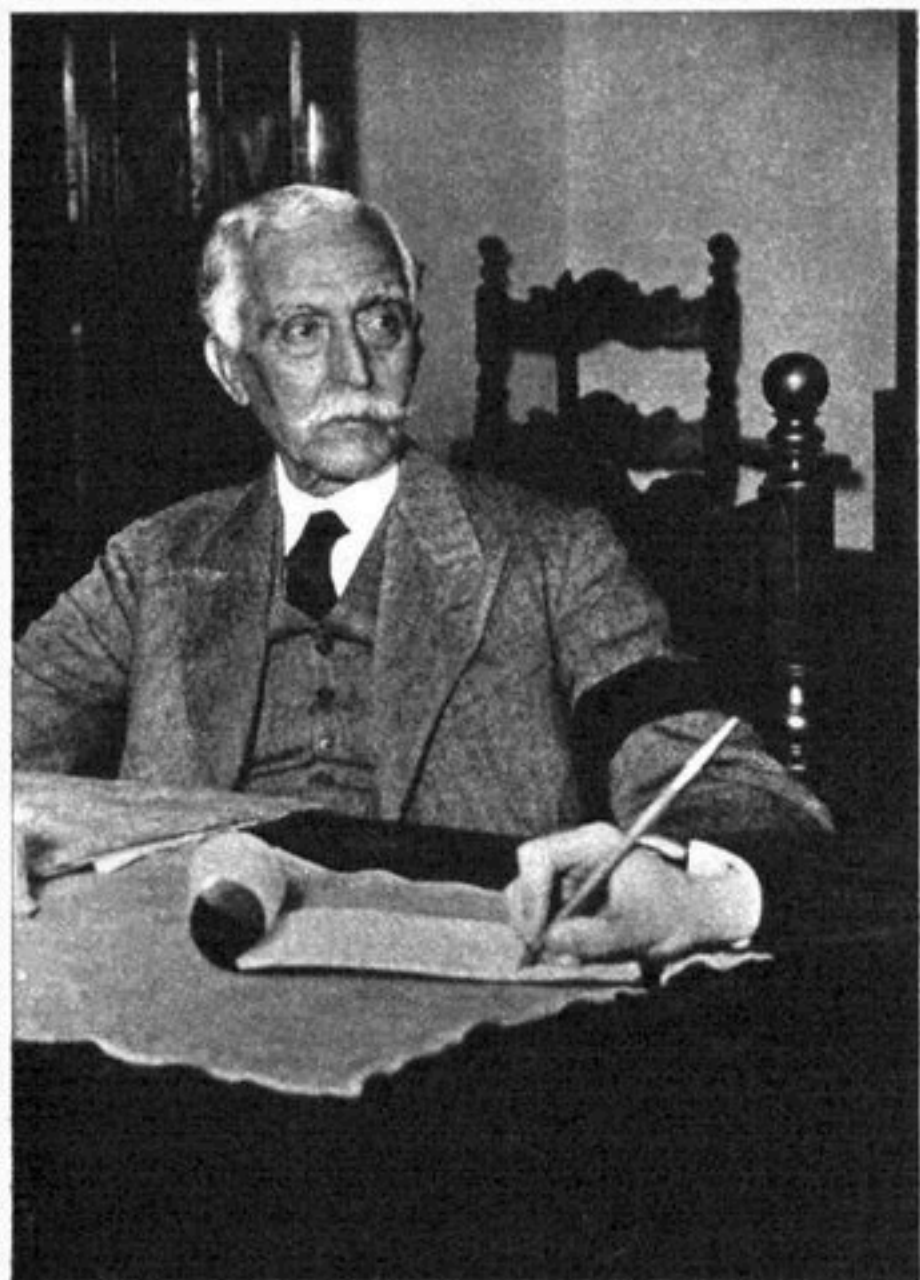
—De todas maneras—dice—, es un sacrificio tremendo. ¡Yo que no había dejado de fumar en toda mi vida!

Después del almuerzo, don Francisco se retira a descansar. Una siesta de media hora. Al levantarse, si no hay asuntos extraordinarios que se lo impidan, da un paseo en automóvil, acompañado de su señora esposa o de su hija María. El

objetivo de estas cortas excursiones es poder andar un rato a pie, al campo libre. El coche se para en Pedralbes o en el Tibidabo, y don Francisco da un paseo de tres cuartos de hora a una hora.

Al caer la tarde, regreso a la Generalidad. Es la hora de las visitas convocadas, los días que no hay reunión del Consejo. A las nueve el presidente se retira para cenar. Después, en las noches que le dejan libre su afición al cine o las invitaciones a algún teatro o a alguna sociedad, se reúne en la residencia oficial una tertulia de amigos, en la que nunca falta don Ventura Gassol, el compañero inseparable del presidente. Muchas noches, a la salida de los espectáculos, don Francisco acude a la antigua peña de sus viejos amigos, que se reúne en el

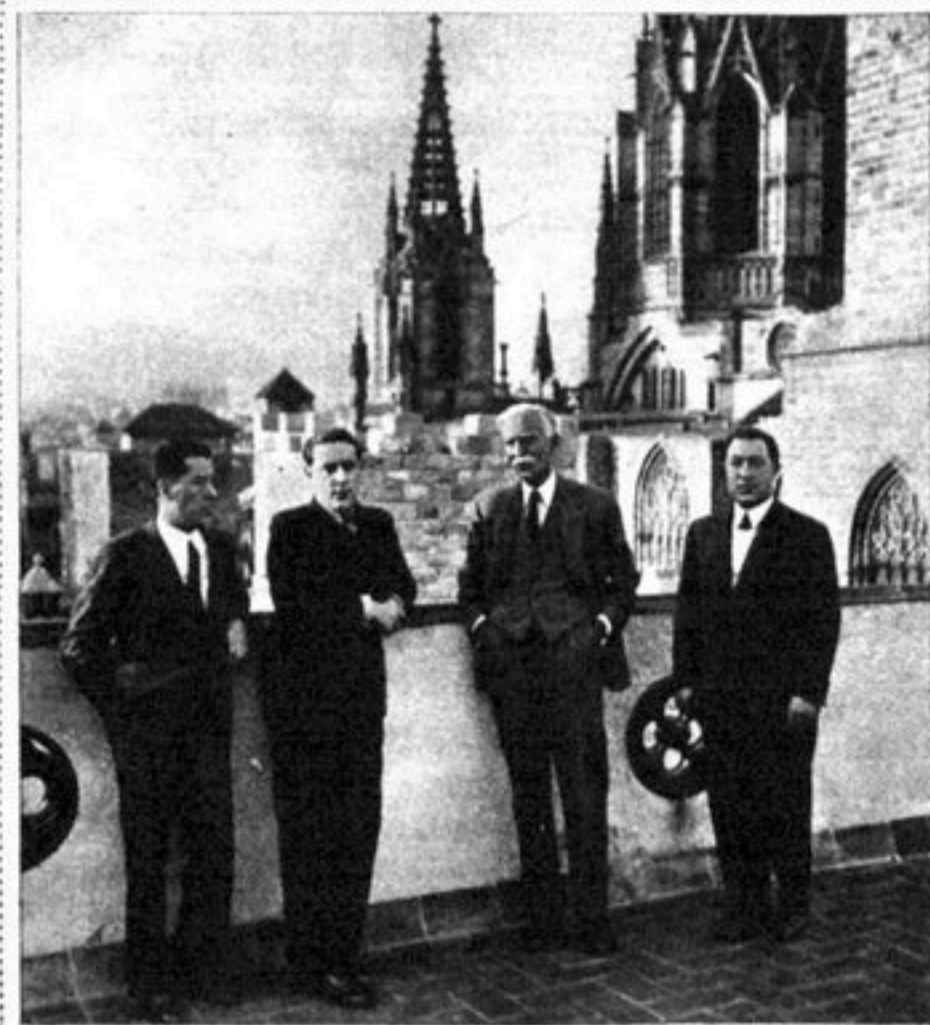
Restaurante Cataluña. Allí encuentra a don Juan Moles, actual gobernador de Barcelona; don Pedro Rahola, el diputado de la «Lliga», y a todos los que desde muchos años antes de la Dictadura han sido los íntimos del presidente. Estas reuniones, en las que brilla el ingenio del señor Moles, *causeur* de primera línea, se prolongan hasta las dos y hasta las tres de la madrugada. La República, al darles los cargos y las responsabilidades más altas, no ha conseguido que estos viejos contertulios renunciaran a una de las más típicas costumbres nacionales: la charla de la peña noctámbula.



Don Francisco Maciá en el despacho de su finca de Valcuanya

Uno de los rasgos característicos del presidente, que no quisiéramos dejar olvidado en estas notas sobre su vida íntima: es el culto que profesa a una de las virtudes menos favorecidas bajo nuestro clima; nos referimos a la puntualidad. Cuando don Francisco ha citado alguna persona a una hora determinada—supongamos a las cuatro—, la persona citada hará bien en no comparecer a las cuatro y dos minutos, porque se expone a que el presidente ya se haya marchado. Don Francisco tiene motivos para imponer este sentido de la puntualidad, ya que él, por su parte, no ha llegado nunca tarde a ninguna cita: ni cuando se trató de jugarse la vida por Cataluña, ni cuando fué cuestión de precipitar el advenimiento de la República.

JOSÉ MARÍA PLANAS



En el terrado de la residencia presidencial, la noble figura de don Francisco Maciá se recorta sobre el fondo de la Catedral. Acompañan al presidente su secretario político, señor Alavedra; el aviador señor Canudas y el autor del presente artículo



Valcuanya, provincia de Lérida, en los confines de Aragón, donde el presidente ha buscado unos días de reposo ante el próximo ajeteo de la campaña electoral

(Fots. Torrents)